

María y José, hace de la sacra familia un solo corazón y una sola alma, *cor unum, et anima una*: lo mismo sucederá con la devoción que les reuna á todos tres en nuestro corazón. Santa Magdalena de Pazzis dice que san José tiene un cuidado particular de los fieles que combaten bajo el estandarte de María; y otro Santo añade que quien sea verdaderamente devoto de José, lo será igualmente de María: verdad incontrovertible, puesto que estos dos admirables esposos, á semejanza de dos lirás perfectamente acordes, forman entré sí la mas perfecta armonía.

Honrad, pues, á san José, lector amado, y no temais hacer demasiado por él, pues el honor que le tributeis refluye necesariamente en su Esposa, ora por el afecto que los une, ora porque las leyes humanas disponen que entre los esposos haya comunidad de bienes y de honores.

CAPÍTULO III.

Tercer motivo de devoción á san José, á saber, el ejemplo de los Ángeles.

El santo patriarca Jacob, al ver por vista de ojos la gloria de su hijo muy querido, olvida que era su padre, y postrándose ante el cetro de José, le rinde los homenajes mas respetuosos: *Adoravit fastigium virgæ ejus.* ¡Oh! ¡qué sentimientos de respeto y de veneración debió producir el ejemplo de un padre en el corazón de sus otros hijos, respecto de un hermano tan grande y venerable! Amado lector mio, despues de haber contemplado al Hijo de Dios y á la Madre de Dios á los piés de José, tal vez juzgaréis que es supérfluo que os le manifieste honrado y servido por los Ángeles. Nada tiene de maravilloso, diréis, el que los señores de una gran corte, y aun los de la primera nobleza, honren á un personaje á quien su mismo soberano haya tributado los honores debidos á un rey. Yo convengo con vosotros; ciertamente seria supérfluo lo que voy á decir, si no aumentase nada al elogio y al mérito de nues-

tro Santo, ni tuviese relacion alguna con vuestra devocion, que no podrá menos de regocijarse y animarse mas y mas á honrar á san José, viendo el ejemplo que le dan los Ángeles, esos siervos humildes de Jesús y de María. Los espíritus bienaventurados honraron á José, teniendo dos poderosos motivos para hacerlo: el primero fue, la igualdad con ellos en que le colocaban sus virtudes y sus ministerios; el segundo, la superioridad que sobre ellos le daban sus títulos y sus dignidades.

Nuestro divino Maestro, haciendo el elogio de los vírgenes, los iguala con los Ángeles: *Erunt sicut Angeli Dei in caelo.* (Matth. c. xxii). Y en efecto, los vírgenes, aunque aprisionados en este fangoso cieno que se llama carne, saben sin embargo conservar intacta y pura una flor que parece no podia nacer ni desenvolverse sino en su clima propio, es decir, en el cielo; por manera que en lo sucesivo, naturalizada la virginidad sobre la tierra, brilla con un esplendor tan puro como inalterable, y exhala un delicioso perfume que sin cesar se eleva hasta el trono de Dios. Hé aquí por qué frecuentemente se

naies. No se conducen así con san José: lo

ha honrado á los vírgenes con el nombre mismo de los espíritus celestiales; y así se le da el nombre de ángel á un Luis Gonzaga, á un Estanislao de Kostka, á un san Alejo, á un Casimiro, á un Eleázaro, y á otros mil. Pero ¿con cuánta mas justicia san José será igual á los Ángeles, y hasta verdadero ángel, puesto que su pureza virginal le eleva sobre la de los otros Santos, como el lirio, rey de las flores, sobresale por su altura al clavel, al ranúnculo y á la violeta?

Necesario es decirlo, la virginidad de José es una maravilla incomprendible, y sin ejemplo hasta entonces, puesto que fue el primero que supo conciliarla con el estado del matrimonio. De esta suerte, la divina gracia, uniendo dos virginidades en la persona de María y de José, aumentaba en sus corazones un nuevo esplendor á esa pureza mas que angélica que formaba su mérito y su gloria.

Espíritus bienaventurados, permitidme que lo diga; la pureza de san José se eleva sobre la vuestra. En presencia del ángel Gabriel que le apareció bajo la figura humana, y al escuchar sus palabras, la Reina de las

tro Santo, ni tuviese relacion alguna con

Virgenes se turba, ha dicho san Ambrosio¹; mientras que no se turba al aspecto ni con las palabras de su santo Esposo, ni teme vivir ni conversar con él. Yo lo diré resueltamente, despues que lo ha dicho san Francisco de Sales: José sobrepujó en purezá á los Ángeles de la mas alta jerarquía, durante los veinte ó treinta años que vivió ante los ojos de la Madre de Dios. Esos ojos, dice Gerson, destilaban una especie de rocío virginal que purificaba mas y mas los corazones sobre que caia: *Quidam ex oculis virgineus ros spirabat*. Y como este rocío celestial diariamente caia con abundancia sobre las azucenas de José, preparadas y abiertas para recibir sus influencias, de aquí es que tambien cada día se aumentaba un nuevo brillo á la pureza de su corazon. No es, pues, extraño que José, habiendo por decirlo así llegado á ser un puro espíritu, mereciese ser numerado mas entre los Ángeles que entre los hombres, segun lo ha dicho un célebre intérprete de la santa Escritura: *Fuit ipse Angelus potius quam homo*².

¹ Libro de los Oficios. — ² Cornelio à Lapide, capitulo 1 sobre san Mateo.

naies. No se conducen así con san José: lo

Pero si san José en virtud de su incorruptible pureza en nada cede á los Ángeles, y hasta puede llamarse ángel, tambien merece ese título por las prerogativas que le alcanzó su incomparable santidad. No es mi débil pluma quien pueda tomar vuelo y elevarse hasta manifestaros á José en posesion del poder y de las funciones de cada una de las jerarquías celestiales. Otras plumas lo han intentado; y penetrando hasta los cielos, nos han hecho ver que san José es igual á los Ángeles custodios de primer orden, puesto que custodió al Niño Dios confiado á sus cuidados; igual á los Arcángeles, pues comunicaba á María las órdenes del cielo; igual á las Potestades, manifestando á los egipcios la omnipotencia del Verbo encarnado que derribó á sus ídolos; igual á las Virtudes, dado que gobernaba á la santa Familia; igual á los Principados y á las Dominaciones, comunicando al Rey y á la Reina del cielo; igual á los Tronos, pues él mismo servia de trono á Jesús niño cuando le llevaba en sus brazos; igual á los Querubines, penetrando los mas profundos misterios de la Sabiduría encarnada; igual á los Serafines, elevándose,

tro Santo, ni tuviese relacion alguna con

conducido sobre las alas del amor, hasta la contemplacion mas alta, para tomar dulce reposo en el seno de ese Maestro divino, á quien los espíritus bienaventurados ven sin cesar, y no se sacian de contemplar: *In quem desiderant Angeli propiscere* ¹.

Muy sabido es que la semejanza engendra el amor: ahora bien, los Ángeles de todos los órdenes, viendo sobre la tierra á un hombre que por un particular privilegio de la gracia les iguala en pureza y en santidad, ¿podrán dejar de amarle y de honrarle con especialidad? Parece, pues, que no sin misterio el Ángel que por primera vez apareció á José, le llamó por su propio nombre diciéndole: *José, hijo de David*. Vemos en la Escritura que no era esta la costumbre de obrar de los Ángeles, cuando anunciaban á los hombres las órdenes del cielo. *Hijo de hombre, levántate sobre tus piés*, dijo el Ángel al profeta Ezequiel. *Levántate velozmente*, dijo otro Ángel á san Pedro. *Escribe lo que ves*, dijo á san Juan Evangelista. Parece que los Ángeles ignoraban ó no tenian en mucho los nombres de estos ilustres perso-

¹ I Petr. I.

najes. No se conducen así con san José: le llaman por su nombre, y le tratan como á príncipe descendiente del rey David: *Joseph, fili David*. Le pertenecia este título, y los Ángeles se lo dieron, para honrar con esta distincion al que ya se distinguia por la eminencia de su santidad. Además, se complacian en recocer en él á un conciudadano, aunque viviente sobre esta tierra de destierro. En efecto, José solo por su cuerpo pertenecia á la tierra; pero su alma habitaba en el cielo, y gustaba ya sus delicias. Tal es el pensamiento de la santa Iglesia, cuando dirigiéndose á san José le dice: «¡Oh suerte admirable! desde esta vida sois igual á los Ángeles, participais de su felicidad, y gozais ya «de Dios.» *Tu vivens, superis par, frueris Deo, mira sorte beatior*. (Oficio de san José).—Yo no sé si en los libros del Nuevo Testamento se encuentra un hombre á quien los Ángeles hayan honrado tan frecuentemente con sus visitas como á san José. Segun el Evangelio, ha recibido por lo menos cuatro visitas de los Ángeles. Con tal motivo, un célebre intérprete de la santa Escritura se pregunta: ¿Por qué el Señor, que por sí mismo

advirtió á los Magos que no volviesen á ver á Herodes, se sirve de un Ángel para advertir á san José del proyecto que este Príncipe habia formado contra la vida del Niño divino? Y se responde él mismo, que el Señor, que por otra parte nunca se apartaba de san José, le hizo conocer su voluntad por medio de los Ángeles, para dar esta ocasion de mantener relaciones con un Santo á quien tenian tanto respeto como afecto. Es digno de notarse que el Ángel, al revelar á san José los crueles proyectos de Herodes, se limite á darle órden de huir á Egipto, sin designar el tiempo que allí debia permanecer; y que siete años despues, visitándole de nuevo, le mandase volver á la Judea, pero sin darle á conocer el lugar en que podria fijarse sin peligro con la santa Familia. ¿Para qué, pues, tres visitás, cuando una sola podia suficientemente bastar? ¿Para qué dejar en el espíritu de san José materia para tantas solicitudes y penas? El mismo intérprete va á respondernos (*Silveira*). El Ángel se complacia tanto en reiterar sus visitas para admirar la grandeza de su fe en unos misterios tan profundos, y la tranquilidad

de su alma en unos acontecimientos tan extraños, que le causaba mas satisfaccion visitarle con frecuencia, que la gloria de ilustrarle completamente en una sola aparicion.

Notemos además, con san Crisóstomo, que los Ángeles siempre visitan á José durante el sueño. ¿Y por qué, pregunta el santo Padre, no se presentan descubiertamente y en vigilia, como lo hicieron con Zacarías y los pastores? Si querian honrar á José, ¿no era mas glorioso para él que le visitasen con un cortejo digno de los príncipes de la corte celestial? Las visitas mas honrosas en el mundo ¿no son aquellas que se hacen con mayor aparato? Y bien, ¿quién lo creyera? los Ángeles honraron mas á san José, apareciéndosele, y revelándole los secretos de Dios en la oscuridad de un sueño, que si se le aparecieran con el brillo de una visita llena de majestad y de grandeza, pues manifestaron cuán firme y viva juzgaban la fe de un hombre que para creer los misterios que le anunciaban no tenia necesidad de ver con sus propios ojos á los embajadores del cielo radiantes de luz y de gloria. Así se explica san Juan Crisóstomo, y despues de él Teofilacto.

Sorprendido de la fe de san José, el docto y piadoso cardenal de Cambray exclama apostrofándole: «¡Oh José, el mas justo de los hombres! ¿cómo habeis creido tan pronto «y firmemente un misterio tan nuevo, tan «profundo, y que no tiene ejemplar¹?» Y yo á mi vez, mas admirado todavía de su prontitud en ejecutar las órdenes que se le intiman, por penosas que sean, le diré con Heselio²: «¿Me diréis, pues, glorioso Santo mio, por qué «los Ángeles, que hacian profesion de honrar «vuestras virtudes y vuestras prerogativas, «no os intimaban las órdenes del Altísimo «con mayores miramientos? ¿por qué no os «dejaban tiempo para que os dispusiéseis á «la huida y al destierro?» *Tomad al Niño y á su Madre*, hé aquí el precepto; *huid al Egipto*, hé aquí el modo de la ejecucion; *permaneced allí hasta nueva orden*, hé aquí la duracion, ó mas bien la incertidumbre de la duracion de un destierro en que ni habia pensado, ni para el que habia habido lugar de prepararse. ¿Por qué no advertir á José siquiera algunos dias antes de la partida?

¹ Tratado de san José. — ² Intérprete de la santa Escritura.

ziancano nos hace observar que así como

Esperad la respuesta: pero entre tanto ya José va en camino, tan pronto á ejecutar las órdenes del Ángel, como este en obedecer las de Dios.

Pero, se dirá, ¿qué clase de honor hace el Ángel á san José? El honor es para el que manda, no para el que obedece. Mas yo respondo: José tuvo mas gloria en obedecer al Ángel, que el Ángel en mandar á José. El Ángel manda á José por honrarle, sabiendo que como superior á las debilidades y al orgullo de la naturaleza humana iba á dar al mundo el ejemplo de una obediencia angélica. En efecto, los Ángeles obedecen á Dios con prontitud y buena voluntad, y José obedece á la manera de los Ángeles; escucha la orden, y se levanta, y marcha. ¡Oh! ¡qué gozo para el Ángel ver este prodigio de obediencia! En una ocasion, los Ángeles para determinar á Lot á que se apartara de Sodoma, se vieron obligados á imponerle una especie de violencia; fue necesario que le tomaran por la mano, y á su pesar le pusiesen fuera de esta ciudad infame. Al contrario, para hacer salir á José de su país, basta una palabra, una insinuacion:

no se detiene, no delibera; calla y obedece.

Pues si los Ángeles rindieron tanto honor á san José, solo por considerar que al menos era igual á ellos por su pureza, por su fidelidad y su obediencia, ¿qué nuevos honores no le habrán tributado en razon de la dignidad que le elevaba sobre todas las jerarquías del cielo? Porque ¿á quién de los Ángeles, á quién de los Serafines ha comunicado jamás el Señor su divina paternidad? ¿Á quién de todos ellos se ha dicho siquiera: *Vos sois mi hijo*; ó lo que todavía es mas: *Vos sois mi padre*? José solo, con exclusion de los espíritus angélicos, fue juzgado digno de llevar este nombre que parecia incomunicable. Los Ángeles tuvieron orden de adorar sobre la tierra al Hijo de Dios hecho hombre. Solo José, adorando con ellos al divino Niño, tuvo, dice san Cipriano, el derecho de decirles: Vosotros todos, Ángeles del cielo, bien podeis adorarle y alabarle. Él es vuestro Señor, vuestro Criador y vuestro Dios; pero yo puedo además acariciarle, besarle y abrazarle, porque tambien es mi hijo. En vista de una dignidad tan sublime, reservada á san José, ¿qué sentimiento surgiria en el co-

razon de los espíritus bienaventurados? No ciertamente el de la envidia, de que no son capaces, no; seria mas bien una especie de combate y mútua emulacion sobre quién daria mayores pruebas de estimacion, de afecto y de respeto á un padre tan favorecido de Dios.

¿Qué honores, qué servicios no han prestado los Ángeles á muchos Santos solo porque veian en ellos unos amigos de Dios? Ellos, dice el P. Sèñeri, sirvieron de enfermeros por espacio de siete dias á un ermitaño en su última enfermedad; sirvieron de médicos á Timoteo; de correos á san Antonio; de jornaleros á san Isidro; de marineros á Basílides, y de pilotos al anciano cuya maravillosa historia nos ha transmitido san Paulino. ¿Qué cuidados, pues, no habrán prodigado al que no solamente era amigo de Dios, sino el príncipe de los amigos de Dios; al que era no solamente santo, sino el primero entre todos los Santos; al que la boca de un Dios Niño le ha dado tantas veces el nombre de padre? ¿Con qué apresuramiento los Ángeles al ver á san José empleando sus trabajos, sus fatigas y

sus sudores en socorrer á un Dios desamparado y desconocido, en saciar su hambre, en apagar su sed, y en ocurrir á todas las necesidades de ese Dios reducido á una desnudez universal, que no tenia dónde reclinarse su cabeza; con qué presteza, repito, los Ángeles, si no por justicia ó por deber, al menos por respeto y para su consuelo, descenderian en muchedumbre del paraíso, ora al taller de san José para ayudarle á pulir las maderas, ora á la santa casa para aliviarle en sus fatigas, ora á los caminos para servirle de guías y proveedores, ó gozar de su compañía y ser testigos de lo que hacia en favor del Verbo encarnado! Una religiosa que habia recibido grandes ilustraciones sobre los misterios de su divina infancia, la venerable hermana Margarita del santísimo Sacramento, fue preguntada un dia por su superiora sobre lo que sabia de la persona de san José. Entre otras cosas, le dijo, que de tiempo en tiempo iba á trabajar á jornal, permitiendo Dios que encontrase obras conformes á su atractivo por el silencio y la oracion, y que frecuentemente los Ángeles que le acompañaban por todas partes se ponian

en disposicion de ayudarle; pero que él no se detenia á mirarles, porque sus ojos, tanto los del cuerpo como los del alma, despues que habian visto al niño Jesús, no podian ocuparse sino de él y de su Madre ¹.

Puede creerse que san José, siendo como era humilde, no veia sin alguna pena que los Ángeles participasen de sus trabajos; él hubiera querido conformarse en todas las cosas á los ejemplos del divino Niño que, siendo Rey de los Ángeles, habia, sin embargo, venido al mundo, no para ser servido, sino para servir y entregarse á toda clase de trabajos y de fatigas. Como quiera que sea, ¿no bastaria para la gloria de nuestro Santo haber manifestado que por razon de la semejanza que sus virtudes y sus ministerios le daban con los Ángeles, sin contradiccion, era digno de los honores y de los servicios que recibia, pero que todavía era mas digno por la preeminencia que sobre ellos le daba el título glorioso de padre de Jesucristo? *Tanto melior Angelis effectus, quanto differentius præ illis nomen hæreditavit* ²?

En cuanto á mí, ¡oh glorioso José! estoy

¹ Véase su vida, lib. II. — ² Hebr. I.

de tal suerte persuadido de vuestra preeminencia sobre los espíritus celestiales, que para alabaros dignamente quisiera yo, con uno de vuestros mas devotos panegiristas, que todos los miembros de mi cuerpo se convirtiesen en otras tantas lenguas. Pero al menos me contento con servirlos con Jesús, amaros con María, y honrarlos y alabarlos con todos los Ángeles.

CAPÍTULO IV.

Cuarto motivo de devoción á san José, el ejemplo de la santa Iglesia.

El casto José, víctima de la perfidia y de los furores de una infame calumniadora, fue condenado y arrojado en una negra prision donde pasó muchos años. Pero, al fin, se le devuelve la libertad, y lleno de gloria entra al palacio del rey de Egipto, semejante al sol que, despues de haberse ocultado tras una densa nube, se manifiesta mas bello y mas radiante que antes. Tal ha sido en alguna manera la suerte del glorioso Esposo de María. Muchos siglos habia pasado olvidado, al parecer, y casi desconocido en el Cristianis-

004532

mo; pero, al fin, las nieblas en que la herejía se habia esforzado por envolverle se han disipado, y ha salido, como un sol, mas brillante para esclarecer el cielo de la santa Iglesia.

En efecto, parece que la santa Iglesia ha querido en los últimos siglos indemnizarle, por medio de los mas solemnes honores, de los que no le habia tributado en los tiempos antiguos. Desde su origen estuvo ella bien persuadida de que José habia sido un hombre justo, un hombre perfecto, verdadero esposo de la Madre de Dios, y padre de Jesucristo por su amor, y por los cuidados que prodigaba al divino Niño. Pero como es propio de la luz demasiado viva ofuscar los ojos débiles y enfermos, la santa Iglesia, por una sábia disposicion de la Providencia, juzgó conveniente tener por algun tiempo oculta la esplendorosa santidad de José. Ella veia con sentimiento que el heresiarca Cerinto, que habia tenido la temeridad de fijar sus ojos enfermizos sobre este bello sol, se habia oscurecido y cegado al extremo de caer en un error demasiado injurioso á la fe. Quiso él elevar á san José hasta hacerle verdadero

padre de Jesucristo, siendo así que la revelacion infalible nos enseña que solo fue padre aparente; mas por lo mismo el novador rebajaba la persona de Jesucristo y la de María, quitándole á esta una de las perlas mas brillantes de su diadema, esto es, su virginidad inviolable, así como á su Hijo el milagro de su concepcion purísima, obrada por virtud del Espíritu Santo. Sin embargo, la Iglesia, atenta á destruir este peligroso veneno, cuyos efectos hubieran sido tan funestos para la fe de sus hijos, entre otras precauciones tomó la de no favorecer entonces el culto de san José, temerosa de no acreditar el error. Tal es el modo de pensar de un grande teólogo. El célebre escritor moderno, Pablo Séñeri, añade que, en vista de esto, la Iglesia afecta cierta indiferencia respecto de san José, le confunde con la multitud, y aun exteriormente le prefiere otros muchos Santos, que seguramente no le igualaban en mérito. Hé aquí la sábia reserva de que tuvo necesidad de usar la Iglesia para conservar al Hombre-Dios en todos los derechos de su dignidad. Otro escritor, apoyado en la autoridad de san Gregorio Na-

zianceno, nos hace observar, que así como la Iglesia naciente creyó no deber desenvolver todos los puntos de su fe sobre las adorables perfecciones del Espíritu Santo, esposo invisible de la Virgen María, antes que la fe de la divinidad del Salvador estuviese arraigada en el corazon de los fieles, del mismo modo juzgó necesario no volver su piedada hácia el culto de san José, esposo visible de la santa Virgen, antes que la virginidad de esta Madre divina fuese reconocida y honrada en todo el universo.

Pero al presente, que se han disipado las tinieblas de los antiguos errores, y que las verdades opuestas brillan con todo su esplendor en el gran día del Cristianismo, la santa Iglesia ha tomado la tarea, como ya lo he dicho muy alto, de decretar á san José los homenajes mas solemnes, para indemnizarle de los que le habia privado en los primeros siglos. No se ha contentado con erigirle altares, oratorios y templos; con instituir cofradías, y formar Órdenes religiosas bajo su nombre; con establecer una festividad en honor suyo, con una misa y un oficio propio, insertando en este oficio nuevos

himnos, llenos de elogios tan pomposos y tan sublimes, que bastarian para dar una idea de las virtudes y de los privilegios inestimables que le elevan sobre los otros Santos; sino que además, colocando esta solemne fiesta en el tiempo de la Cuaresma, ha puesto á mil y mil oradores sagrados en la dulce necesidad de celebrar cada año la gloria y las grandezas de san José hasta las extremidades del mundo. ¡Cítese otro Santo á quien desde la cátedra sagrada se le hayan ofrecido á una misma hora, y con la misma unanimidad, homenajes mas brillantes y mas universales! Si se escucha el panegírico de cualquier otro Santo en el día de su festividad, es solamente en tal ó cual ciudad, y cási siempre en una sola iglesia de esa ciudad. No sucede lo mismo con la fiesta de san José: ella pertenece á todas las iglesias de todas las ciudades, de todas las aldeas, de todos los lugares; y ora se cuenten los predicadores de Cuaresma, ora los panegíricos pronunciados en su honor, algunas veces en sola una ciudad se numeran treinta ó cuarenta: por manera que, desde el Oriente al Occidente, en todas partes donde es cono-

cido el nombre del Salvador, igualmente resuena el de su guardian amado, verificándose á la letra aquello del Eclesiástico: «El «custodio de su señor será glorificado.» *Qui custos est domini sui glorificabitur.*

Pero la intencion de la Iglesia en los honores que al presente rinde á este gran Santo no es solamente recompensarle por los que no tuvo en los primeros siglos; sino que tambien pretende pagarle un justo tributo de gratitud por los señalados beneficios que reconoce haber recibido de su mano. La Iglesia veia que, segun lo ha dicho san Bernardo, san José cooperó mas con la santidad de su vida al inefable misterio de la Encarnacion del Verbo, que todos los antiguos Patriarcas con sus suspiros, con sus lágrimas y con sus méritos. Habia visto tambien que su virginidad, en cierto sentido, fue mas fecunda que la fecundidad de todos los abuelos del Salvador, y que este Padre tan casto habia sido mas feliz en su posteridad, que todos juntos los héroes de la antigua ley. Veia que este gran Santo en algun modo habia sido necesario para el cumplimiento del mas grande de nuestros misterios, no solamente

para que el Salvador pudiese entrar al mundo sin infamia, mas tambien, como dice santo Tomás, para establecer en el universo la creencia de la encarnacion del Hijo de Dios y de la virginidad de María. Veia que si la familia de Tobías se juzgaba deudora al ángel san Rafael, que sirvió á su hijo de guia en su viaje, la santa familia, el pueblo cristiano, debia mayor reconocimiento á san José, que protegió la infancia de Dios encarnado, su Señor y su Salvador; á san José, que no reunió, como el virey de Egipto, grandes acopios de trigo material para alimentar á los vasallos de un monarca idólatra, sino que preparó y conservó para el pueblo fiel el trigo de los escogidos, el verdadero pan de los hijos, el pan vivo y que vivifica, el gérmen de la salud, y el alimento de la inmortalidad. Veia que si la culpable duda de Tomás contribuyó á establecer mas sólidamente el fundamento de nuestra fe, es decir, la resurreccion de Jesucristo, la duda bien legítima de san José, en vista de la misteriosa preñez de María, sirvió para confirmar á los nuevos cristianos en la fe del misterio de la Encarnacion, fuente y principio de todos los

otros. Veia, por último, que estos ministerios de custodio, nutricio y defensor, así de la Madre como del Hijo, debieron costar á san José muchas penas, trabajos y ansiedades, sufridas todas con amor, con abnegacion y con constancia.

Á vista de tantos y tan inapreciables servicios, la santa Iglesia se ha creido obligada á reconocerle como á su insigne bienhechor, y á ofrecerle un homenaje de gratitud, honrándole y haciendo que todos sus hijos le honren. Faraon, para manifestar su reconocimiento al antiguo José, no solamente le eleva sobre todos los señores de su corte, sino que tambien le confia la autoridad suprema de todo su reino. Parece que la santa Iglesia no ha hecho menos respecto de José, padre del Salvador. ¡Oh José, le dice, yo pongo en vuestras manos mi familia y toda mi autoridad! ¡Cuán bien estará bajo la tutela de aquel á quien el Padre eterno ha confiado el tesoro de su Hijo divino! Jesús, vuestro Hijo, es mi esposo; María, vuestra esposa inmaculada, es mi madre y mi reina; y Vos, sí, me serviréis de protector y de padre. Al adoptar por hijo al Salvador

del mundo, habeis adoptado á todos sus hermanos, es decir, á todos los fieles, que son mis hijos. Todos los servicios que habeis prestado á Jesucristo, tambien los prestásteis á los que se han hecho hermanos suyos. ¿Qué homenajes podré yo jamás ofrecer que iguallen á vuestros méritos y á vuestros beneficios? Yo diré que sois la gloria de los Angeles y de los Santos, el invencible sosten del Cristianismo, el glorioso vencedor del infierno, el gran ministro de nuestra salud, el abogado de los pecadores, el refugio de los afligidos, el socorro y consolador de los moribundos, y, en fin, para compendiar en dos palabras todos los títulos y todos los elogios, os llamaré Padre de Jesús y Esposo de María. ¡Ah! bienaventurado Padre de Jesús, sed tambien padre de la santa Iglesia! Uníos á vuestra Esposa para proteger á mis hijos, defendedlos contra la impiedad de los Herodes que se esfuerzan por matar en sus almas la fe y el amor de Jesús. ¡Qué felicidad para mí si yo puedo oír que resuena del uno al otro polo del mundo vuestro nombre, ó glorioso José, juntamente con los nombres de Jesús y María! ¡Qué bello

concierto aquel en que la Iglesia militante y la Iglesia triunfante, uniendo sus voces, han celebrado las virtudes que os hicieron digno esposo de la Reina de las Vírgenes!

Te Joseph celebrent agmina Cœlitum,
Te cuncti resonent Christiadum chori;
Qui clarus méritis junctus es inelyta
Casto fœdere Virgini¹.

CAPÍTULO V.

Quinto motivo, los frutos de la devocion á san José en todo el universo.

El Padre san Bernardo ha observado que el Egipto desde que fijó los ojos en las grandes y amables cualidades del patriarca José se puso como por encanto á correr en pos de él, ó á seguir sus pisadas. El segundo José, sin disputa mas amable que el otro, ha obtenido algo mas que este honor. Despues que en los últimos siglos ha brillado en todo su esplendor la grandeza de sus virtudes y la

¹ Que los habitantes del cielo, y los cristianos de la tierra, á competencia ¡oh glorioso José! celebren vuestras alabanzas, pues que habeis merecido estar unido por un lazo sagrado con la mas pura de las vírgenes. (*Himno del oficio de san José, 19 de marzo*).